

## **\*\*\*Tártaro ha despertado\*\*\***

Habían pasado dos años desde la guerra contra Gea. Todos estaban felices, puesto que no habían aparecido monstruos desde entonces. Nuevos semidioses llegaban al Campamento sanos y salvos, los antiguos podrían por fin hacer sus vidas sin preocuparse de morir a manos de los monstruos.

Pero nada es para siempre, los monstruos se habían reunido una vez más en el Tártaro para salir todos a la vez. Titanes, gigantes, cíclopes, grifos, dracaenaes, empousas, harpías, etc. La acumulación de monstruos en su interior hicieron que Tártaro despertara. El ser más poderoso en la actualidad. Ni siquiera la unión de dioses y semidioses podría con él.

Hades no podía creerlo, tenía que contárselo al Olimpo. Ya le daba igual todas las diferencias que tuvieran, tenían que dormir de nuevo al gran ser que se había levantado. Pero el dios no llegó a tiempo, ya que la fisura que daba al Tártaro lo absorbía todo. Incluso el Inframundo.

En el Campamento, Nico di Angelo entrenaba junto a Jason cuando se derrumbó. No respiraba, pero aún se podía notar su corazón latir. Todos los mestizos estaban asustados. Alguien gritó, todos los mestizos miraban hacia allí. Frank traía a Hazel en brazos. Le había ocurrido lo mismo que a Nico.

Los llevaron a la enfermería, y Annabeth se dio cuenta de algo. Los únicos que se habían desmayado eran los hijos de Hades/Plutón. En la comida rezó a su madre, Atenea: "*Madre, algo pasa en el Inframundo. Algo le ha pasado a Hades, sus dos hijos se han desmayado a la vez*".

Atenea recibió el mensaje y, al comunicárselo a Zeus, éste mandó a Hermes a averiguar lo que había pasado. Hermes así lo hizo. Viajó, pero antes de darse cuenta de lo que pasaba, fue tragado por Tártaro, al igual que Hades.

Repitiendo el proceso en el entrenamiento de la tarde, todos los hijos de Hermes cayeron. El pánico inundó el Campamento Mestizo. Quirón acababa de recibir un mensaje de Reyna desde el Campamento Júpiter, que todos los hijos de Mercurio se habían desmayado también.

Quirón reunió a todos los mestizos en la arena preocupado.

*-Algo está pasando con los dioses... En lo que llevamos de día, los hijos de Hades y Hermes han caído. Suponemos que se debe a que su parte divina ha desaparecido, o ha quedado inutilizada temporalmente, de ahí que no hayan muerto, sino que sólo se hayan desmayado.*

En el Olimpo, Atenea volvió a escuchar la llamada de Annabeth dando a entender que Hermes había caído. Se reunieron todos los dioses del Olimpo, mayores y menores, y decidieron prepararse para lo que se avecinaba y que no pisaran el Inframundo.

Némesis, creyendo que era imposible que algo pasara allí abajo, decidió bajar hasta él. Descubrió qué estaba sucediendo, y un leve rostro de ella llegó hasta el Olimpo diciendo: "*¡Tártaro ha despertado!*", antes de ser tragada.

Los hijos de Némesis cayeron delante de ellos mientras tenían la reunión. Zeus se apareció ante los mestizos, fuerte e imponente. Todos se arrodillaron ante él, pero Zeus les ordenó que se levantaran.

*-No estamos para formalidades, semidioses. Vengo a comunicaros la peor noticia que se os podría dar. Incluso los dioses, yo mismo, estoy intimidado por esta noticia... Tártaro ha despertado... lo absorbe todo a su paso. Es imposible volver a dormirlo. El mundo va a morir, pero si muere, que sea luchando.*

Percy y Annabeth se quedaron de piedra y se miraron entre sí. Recordaron lo duro que fue el viaje a Tártaro, lo mal que lo habían pasado allí dentro. Se imaginaron a todos esos semidioses, al igual que ellos. Annabeth no pudo evitar llorar en el pecho de Percy.

Zeus marchó de nuevo al Olimpo. Allí lo esperaban todos los dioses listos para la pelea. Aparecieron en el Campamento Júpiter en su forma romana junto a los dioses romanos. Belona habló con su hija, Reyna, era la primera vez que lo hacía. Ella entendió enseguida y reunió a todos los semidioses romanos con la edad de

pelear. Los niños se quedarían en el Campamento, cuidados por los niños más mayores.

Los dioses llevaron a todos los romanos al Campamento Mestizo, incluso los hijos de Mercurio y Némesis. Cada dios se fue hasta su cabaña. Las únicas que no estaban allí eran Artemisa y sus cazadoras, que llegaron enseguida por el poder de la diosa.

Hestia fue la encargada de vigilar a Tártaro en la distancia. Ella era una diosa precavida, no se acercaría lo suficiente para que la absorbiera. Tártaro llegaba rápido, olía a todos los dioses y semidioses reunidos en el Campamento Mestizo.

Ya a las puertas de éste, paró de absorber. No había absorbido nada que tuviera que ver con lo mortal, eso era algo bueno. Pero los que estaban en peligro de verdad eran los semidioses. Al parecer el Vello de Oro los protegía por el momento.

Lo último que pensaban que sucedería es que Rachel comenzara a recitar una profecía en medio de todo aquel caos.

*Monstruos a montones al Abismo despertarán,  
dioses y semidioses, griegos y romanos, juntos lucharán.*

*Pero por mucho esfuerzo que hagan  
solo uno lo podrá derrotar.*

*Un héroe del Olimpo, con un poder tal,  
que desde dentro su corazón en llamas logre apagar.*

Todos giraron sus cabezas hacia Percy, que no se salvó de ninguna mirada. Esa sería la última vez que Percy lucharía, puesto que tenía muy claro que iba a morir. Annabeth se aferraba a él como una lapa, sin dejar de llorar. No quería que se marchara.

Tártaro comenzó a escupir monstruos a montones que lograron traspasar la barrera. Los semidioses comenzaron a luchar. Percy soltó a Annabeth y se acercó a Jason.

*-Jason, sujeta a Annabeth. No quiero que me siga...*

Jason asintió y le cogió la mano a Annabeth. Ella miró a Percy sin entender; él le dio su último beso antes de dirigirse hacia Tártaro.

*-¡Percy! ¡No! ¡No me dejes!-gritó Annabeth.*

Jason ya la sujetaba por la cadera fuertemente en un intento de que Annabeth no se soltara. Atenea se quedó frente a su hija y la miró a los ojos.

*-Annabeth, cariño. No puedes hacer nada...*

*-¡Sí que puedo, madre! ¡Puedo morir con él! Quiero estar a su lado...*

Atenea hizo una mueca de disgusto, y tocó la frente de Annabeth haciendo que se desmayara.

*-Jason, llevala con los demás heridos...*

Percy se encontró con Poseidón a mitad de camino. El dios lo abrazó con fuerza y lo miró con una sonrisa triste.

*-Percy... eres mi único hijo ahora. Eres el que más cosas ha hecho por el Olimpo, más que todos los hijos que tuve juntos. Más que todos esos semidioses juntos-dijo señalando a los mestizos en su retaguardia-. Eres un héroe, y quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Si mueres, morirás con honor.*

Percy asintió decidido y por fin salió del Campamento notando que Tártaro lo miraba.

*Percy Jackson... el héroe que más monstruos, titanes y gigantes ha metido en mi cuerpo. El único, junto a su novia Annabeth Chase, y su amigo Nico di Angelo que han podido sobrevivir en mi interior y han salido vivos. ¿Pretendes matarme? ¿No crees que ya es hora de que alguien te mate a ti?*

Percy no dijo nada, sólo tiró su espada. Tártaro lo absorbió de inmediato, llevándolo directamente a un valle rojizo donde se encontraban todos los monstruos. No había durado esos supuestos nueve días cayendo, lo que le pareció de maravilla. Unos acorralaban a los dioses, y otros salían por una abertura que se abría escupiéndolos a todos. Estaba en la boca de Tártaro.

Ahora no podía ocuparse ni de los monstruos ni de los dioses, tenía que buscar su corazón. Corrió en dirección contraria, y notó de repente un peso más en el bolsillo. Contracorriente había vuelto. Sonrió.

Se pasó horas corriendo, tiempo que en el Campamento ya había costado muchísimas vidas. Una columna de fuego apareció delante de Percy como si nada. Desde hacía un buen trecho había notado que hacía mucho más calor. Pero no todo era tan fácil, encontrarlo y ya está. Había seis drakons protegiendo el corazón del titán.

No tardó en vencerlos a todos. Ya estaba cansado, los cortes, llenos de veneno de drakon, lo cansaban aún más. Se acercó al corazón llameante. Concentró todo su poder completamente y lo mandó al corazón del titán, apagando sus llamas.

Percy notaba cómo cada fragmento de su vida desaparecía, recordando así cada momento de su vida, cada momento feliz, con su madre Sally, con Annabeth... Recordaba todos los momentos con Annabeth, cuando la conoció con un "*Babeas cuando duermes*", la de veces que fueron de misión juntos, en cada guerra... y también recordaba a Annabeth llorar por su marcha...

Gritó, gritó lo más fuerte que pudo, y sacó todo el agua de su cuerpo hacia ese corazón en llamas que tenía que apagar... para salvar al Olimpo, para salvar a los Campamentos, para salvar a Annabeth.

Sintió que su alma se apagaba y que el corazón, de un momento a otro, iba a explotar. El del titán... y el suyo propio. Efectivamente, el corazón del titán explotó, mandando por los aires a Percy.

Todo Tártaro explotó, dejando libres a los tres dioses que había succionado, y a los monstruos, que se convirtieron en polvo dorado de repente. Todos los semidioses que se habían desmayado

despertaron justo en el momento de la explosión, incluida Annabeth.

El cuerpo de Percy cayó inerte al lago. Los mestizos que estaban cerca lo sacaron a la orilla, dejando parte del cuerpo en el agua por ver si el gran héroe del Olimpo vivía y se recuperaba. Nada pasó, el hijo de Poseidón no se movió para nada, no respiró...

Annabeth fue corriendo en su busca al enterarse que lo habían encontrado y, cuando lo vio tendido en el suelo, sin moverse, se acercó poco a poco a su cuerpo. Los semidioses la dejaban pasar, llegando ella a su destino. Cuando notó que Percy estaba muerto, gritó. Gritó hasta quedarse ronca y lloró. Jason, al igual que Piper, Hazel, Nico y Frank, llegaron corriendo hasta el gentío.

No pudieron creerlo, el mayor héroe de la mitología griega había muerto sacrificándose por todos. Salvando a cada uno de los semidioses del campamento que no habían muerto en combate...

**FIN**